dia, que ejecutiva me procesaba por las calles, afirmando que persuadia á otros el desprecio de los tesoros por desembarazar de competidores la sed mia de riquezas. Yo vi adolecer mi opinion y enfermar mi buena dicha, no mi culpa, sino mi crecimiento, porque el escándalo no está en el que priva, sino en todos los que no privan; y nunca puede ser bienquisto de todos quien tiene puesto que los que son como él desean para sí, y los que no, para otro en quien tengan más afianzada la medra. Determiné, adestrado con estas consideraciones, desembarazar mi ánimo y descansar de todos estos odios: fuíme al Príncipe, y volvíle cuanto me habia dado; y porque la restitucion fuese cortés y no grosera, la acompañé con palabras que Tácito refiere y mejora, persuadiéndole á que en darme tanto caudal se mostró espléndido, y en recibirlo prudente, pues mostraba que lo habia dado al benemérito, pues lo sabia despreciar. Yo tuve tan grande amor al Príncipe, que no acobardaron mi buen celo las amenazas de su condicion; batalla, no comunicacion era conmigo la suya, segun las grandes contradiciones con que siempre le disgustaba. No acallaron mi verdad su locura ni su fuerza, ni ménos derramó sangre que á mi reprension se adelantase el desvelo de la conciencia. Mató á su madre, quemó á Roma este que despobló todo el imperio de beneméritos con el cuchillo; y estas cosas pudieron persuadir á Pison la conjuracion, que se llamó de su mismo nombre pisoniana, muy bien propuesta, pero mal callada, donde murieron los mismos que habian de matar. Son pasos de la Providencia el guardar al tirano del peligro de la vida, por no venir colmado de las muchas afrentas y desesperacion que merecia. Asegurose el Príncipe destos, pero no de sus vicios, y luego al punto mandó matar á Lucano porque era mejor poeta que él, y á mí tambien me dió á escoger muerte; mas eso no lo hizo por piedad, ántes bien fué fuerza mañosa, pareciéndole á él que la padeceria muchas veces repetida en la eleccion della, y que padeceria la que escogiese con el efecto, y las que dejase con el miedo que las rehusaba. Yo, metido en un baño, cortadas las venas, me despaché para este puesto que hoy tengo, donde este maldito aun no se harta de crueldades y lee cátedra de martirios á los diablos. En el Senado, cuando mató á su madre, hicieron votos y sacrificios públicos, y osaron adularle con las aras y los templos; y cuando se difirió de la conjura de Pison, hicieron lo mismo por la salud del Príncipe, y mandaron que al mes de abril en honra suya le llamasen Neron. ¡Mirad qué senadores, que luego le sentenciaron á muerte ellos propios siendo su príncipe, y le hicieron morir como merecia porque los creyó! Mas los senadores malos muchas veces aconsejan al Príncipe lo que le pueden acusar:

Carus erit Verri, qui Verrem tempore, quo vult,
Accusare potest (*a*).

Y hubo alguno que en viendo propuesta alguna gran maldad, deseaba que todos sus compañeros fuesen justos y santos, solo porque su bellaquería fuese única y su iniquidad el apoyo de la perdicion. Levantáronse Quinto Haterio y Marco Escauro diciendo: «Y esos que tú acusas, ¿bastaron á profanar tantos grandes senadores cuyo ánimo nunca temió los peligros de la verdad ni las amenazas de los príncipes? Los malos ministros se escriben, y se cuentan, y se maldicen: todo para imitarlos. De los buenos nadie hace memoria, porque el bien no se aprende, y el mal se pega, de la manera que un enfermo pega el mal á veinte sanos, y mil sanos no pegaron jamas salud á un doliente.» Neron, ceñudo y con los ojos en el suelo, la voz delgada y temerosa, dijo: «Saber más que el príncipe el privado y maestro es necesario, y conveniente disimularlo con el respeto. Presumir con el príncipe esta ventaja es delito: pues ¿qué será porfiar á convencer el criado á su señor á que sabe más que él? En tanto que me enseñaste á mí con lo más que sabías, te preferí en todo, y fué estimacion de tu prudencia mi imperio, y llegó á escándalo del mundo. Luego pasaste á enseñar á todos que sabias más que yo: cosa que debiste excusar, y aquí fué mi enojo; y quiero ántes sufrir lo que padezco, que privado que hace caudal de mi descrédito; y si no, díganlo todos esos príncipes.» Y dió voces: «¡Ah reyes! ¿ha pasado algun privado vuestro más adelante, en llegando á presumir en sí suficiencia y discurso superior al vuestro? En tanto que los pueblos creen que el príncipe tiene talento y que obra por sí se sustenta el privado que lo persuade; más en desarrebozándose la verdad y en desmayando el engaño, muere súpito todo valimiento. Decid si esto es así;» y á una voz dijeron todos: «No, no, ni pasará adelante de aquí á la fin del mundo; que así dejamos tomada la palabra á nuestros sucesores y encargada esa acusacion á la envidia.» «¿Qué tengo yo que ver con eso, dijo Seyano, que supe y disimulé ménos que Tiberio, y habiéndole obligado con mis servicios, me mandó adorar y me hizo estatuas y las concedió privilegios sagrados? Fué mi nombre aclamacion del pueblo romano, mi felicidad lisonja de todo el imperio; mi salud voto de las gentes y ruego comun; y siendo el privado de mayor dominio en el alma de su señor, este maldito y siempre abominable Tiberio me hizo prender y despedazar, siendo mérito en el furor de los amotinados traer en los chuzos algun pedazo de mi cuerpo. Con garfios me arrastraron de las quijadas por las calles, y la crueldad infanda no se detuvo en la sepultura: más allá pasó; que á mis hijos hizo morir afrentosamente, y una hija, que por el privilegio de la virginidad no podia morir justiciada, mandó que el verdugo la violase primero y que luego la degollase. Testigos tengo de mi abono: Veleyo Patérculo encarece mi valor, mi ingenio, mi maña y mi asistencia; y Tácito, que con la malicia se hizo bienquisto de los lectores á costa de los difuntos, él tampoco me niega las alabanzas. Nadie me dijo verdad; y con ser tantos los que acababan con mi caida, nadie se dolió de mí ni tampoco me osó enojar. Mi ruina empezó desde que quise prevenir todos los hados, quitar á la fortuna el poder, burlar sus diligencias á la providencia de Dios. Entónces, más sacrílego que prudente, me fortalecí contra la maña de los hombres, haciendo morir los buenos y los atentos, desterrando á los ociosos y advertidos, y provoqué por enemigo al cielo, á quien quise excluir de mi causa. Tambien es verdad que yo me valí y acompañé de gente ruin: del médico para los venenos, del sedicioso para la venganza, del testigo falso y del mal ministro ventero de las leyes; mas no fué eleccion de mi voluntad, fué necesidad de mi puesto. Yo usaba de los que son siempre trastos del poder; y como sabía que en cayendo así me habian de faltar los malos como los buenos, usaba de los malos como de cómplices, huia de los justos como de acusacion. Cada virtuoso para el que puede es un dedo á la márgen, y cada entendido un espía y un testigo en buen lenguaje, que si habla, persigue, y si calla, culpa. No inventé la tiranía, ni sus malas costumbres Tiberio las aprendió de mí, que más las padecí aprobándolas lisonjero, que en las cárceles y el cuchillo los sentenciados. Si dicen que yo le aconsejé crueldades para quitarle el amor del pueblo y disponer mi levantamiento, ¿quién le aconsejó las que hizo conmigo? El caso es, Pluton, que los príncipes tienen por disculpa de lo que permiten, la ruina del medio que para ello escogieron, y que nuestra culpa es ser solamente la suficiente satisfaccion de los odios nuestras muertes; y al cabo, reyes, la nota cae sobre vosotros y vuestra inconstancia, y la lástima sobre nuestros castigos. Las historias, contando nuestras caidas, dicen siempre: Este fin tienen los que se llegan al favor de los reyes y príncipes; y nuestra desdicha en cada corónica es advertencia de un mal paso. Hacer un privado poderoso, rico, es mostrar el poder; conservarle es acreditar el juicio que dél hiciste y tu eleccion; deshacerle es desdecirte y darte á partido con los mal contentos. Mirad, mirad lo que somos.» Y volviendo, jugaban á la pelota Santabareno (*a*), favorecido del emperador Leon, á quien mandó sacar los ojos; y Patricio, favorecido de Diocleciano, á quien hizo pedazos. Decia Santabareno, tomando la pelota: «Este es el poderoso hinchado de viento. Pone el príncipe toda su fuerza en levantarlo de un voleo, y anda en el aire, mas siempre bamboleando; y miéntras le dan dura en lo alto, y en no le dando cae, y en descuidándose se pierde; y si le dan muy recio revienta, y en lo alto se sustenta á puros golpes.» Mas Plauciano (*b*), favorecido que fué de Severo, á quien despeñó por una (1) ventana para que fuese espectáculo del pueblo, decia: «Fuí cohete, subí aprisa, y ardiendo y con ruido en lo alto, me calificó por estrella la vista; duré poco, y bajé desmintiendo mis luces en humo y ceniza.» Fausto, favorecido de Pirro, rey de los epirotas; y Perenne y Cleandro, favorecidos de Cómmodo (*c*); y Cincinato, favorecido de Vitellio (*d*) emperador; y Rufo, favorecido de Domiciano, y Amproniaso, de Hadriano (*e*), estaban oyendo la voz temerosa y venerable del grande Belisario, favorecido de Justiniano, que ciego, habiendo dado con el bordon dos golpes y meneado la cabeza en torno para prevenir silencio, dijo: «¿Es posible, príncipes, que todos vuestros validos han sido malos? Peor es en vosotros ser verdugos de los yerros de vuestra eleccion que nuestras desgracias. Yo serví á príncipe cristiano y justo y que enseñó qué era justicia y hacerla, y debiendo á mi valor el imperio, despojos, y monarquía y triunfos, me hizo cegar (*f*), y me dejó pidiendo por las esquinas el sustento con los miserables; y el nombre que se oia animando los estandartes y espantando los enemigos, y que valió por ejército apellidado, andaba por las plazas y calles pidiendo sin saber á quién. El favor de los príncipes es azogue, cosa que no sabe sosegar, que se va de entre los dedos, que en queriendo fijarle se va en humo: cuanto más le subliman es más venenoso, y de favor pasa á soliman; manoseándolo se mete en los huesos, y el que mucho le comunica y trabaja por sacarle, queda siempre temblando, y anda temblando hasta que muere, y muere dél.» Siguieron luego á estas palabras quejas lastimosas y terribles alaridos, señalando todos con ¡ay! donde (2) tenian el azogue del favor, y empezaron todos á temblar; que parecia familia del Almaden. Mas Belisario tornó otra vez á hablar, y todos atendieron: «Ved la infamia de Justiniano, que acobardados sus premios del exceso de mis méritos y servicios, me cegó; y mi virtud tan solamente me negoció la desdicha. Y habiendo de dejarme, temió mi razon y acabó

(*a*) Juvenal sat. III. 53.

(*a*) En vez de *Santabareno* se lee *Savareno* en todas las antiguas y modernas ediciones de Quevedo.

Basilio Macedónico designó para que le sucediese en el imperio al hijo de su mujer Eudoxia, Leon sexto en número, llamado el Filósofo. A este no agradaba *Santabareno*, favorito del Emperador; mas el privado se le vendió por amigo para lograr su ruina. Aconsejóle llevase consigo siempre un cuchillo con el fin de socorrer á su padrastro en los azares de la caza; y á Basilio infundió sospechas de que Leon queria arrebatarle á la vida. Mandan prenderlo, hallan el puñal, instiga el valido porque perezca el traidor, todo el pueblo intercede por él, y Leon se salva y justifica. Habiendo en 886 ocupado el solio imperial, buscó á Santabareno, le entregó á los jueces, quienes le hicieron azotar, sacar los ojos y condenaron á perpetuo destierro.

(*b*) Prefecto del pretorio. Ejercia sobre Septimio Severo el mismo ascendiente que Seyano sobre Tiberio. Así es que logró casar á su hija Plautilla con Caracalla, hijo de Severo; mas estas bodas, que tanto acercaban al solio á *Plauciano* precipitaron su caida. Suegro y yerno se aborrecian mortalmente, y el uno indisponia al otro para con el Emperador. Resfriada la ciega amistad de este para con el favorito, le acusó Caracalla de traicion; y sin dejarle justificar, y viendo que su padre se oponia á que le diese de puñaladas, hizo que le degollase un soldado. Severo no contrarió tal resolucion. El cuerpo del valido cayó por una ventana á la calle y fué objeto de los insultos del populacho: año 205 de Jesucristo.

(1) alta (*Edic. de Barcelona.*)

(*c*) Alejó de sus consejos á los amigos de su padre, y dió el mando de los pretorianos á *Perenne*, quien halagando las pasiones del Emperador, ganó su valimiento. Aprovechó Perenne la noticia de una conspiracion para hacer morir á cuantos podian ser rivales suyos, y dueño de la voluntad del Príncipe, aspiró entonces á serlo del imperio, contando el favorito con que su hijo mandaba las tropas de Iliria. Descubiertas sus tramas, padre é hijo perecieron miseramente.

Logró despues el favor de Cómmodo un esclavo frigio llamado *Cleandro*, quien llevó su tiranía hasta la locura. Llenó de libertos el Senado, en solo un año nombró veinte y cinco cónsules, y se atrajo el odio de todo el pueblo romano, que le imputaba cuantas calamidades padecia. Sublevada la plebe, el Emperador se creyó perdido como no sacrificase al Ministro, y así no vaciló en mandarle cortar la cabeza, enviándola al pueblo, que se apaciguó en un instante.

(*d*) Todos los ejemplares antiguos y modernos conforman en decir *Britilo emperador*, que es error manifiesto.

(*e*) Quevedo, que sacaba jugo de cuanto leia, se valió para aumentar en su discurso el número de los favoritos de los príncipes, de lo que halló en el *Libro llamado Aviso de privados y doctrina de cortesanos*, obra del palaciano don Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, gran inventor de sucesos y personajes. Dice así en el capítulo XV, el cual trata: *que los privados de los príncipes no deben confiar en la mucha privanza y gran prosperidad desta vida.* «Y porque debajo de pocas palabras comprehendamos muchas historias, es de saber que el magno Alexandro mató á su querido Crathero, y Pirro, rey de los epirotas, mató á *Fausto*, su secretario, y el emperador *Bitilio* mató á *Cincinato*, su cordial amigo; Domiciano mató á *Rufo*, su camarero; Adriano mató á *Amproniaco*, su único privado; Diocleciano mató á *Patricio*, al cual siempre llamaba amigo y compañero; Diadumeo mató á Pamphileon, su pretor del erario, despues de la muerte del cual pensó tornarse loco del grandíssimo pesar que tomó de verle muerto. Todos los sobredichos, y otros infinitos con ellos, fueron los unos amos y los otros criados, los unos reyes y los otros privados.»

(*f*) Es falso que Justiniano le hubiese privado de la vista. Los poetas han hecho casi histórica una tradicion apócrifa, desmentida por el silencio de los historiadores contemporáneos. El primero que extendió esta noticia fué Tzetzes, escritor de poco mérito del siglo XII. Belisario murió en 565.

(2) tenia (*Edic. de Valencia, Pamplona y Barcelona.*)

conmigo. Y todos vosotros lo habeis hecho de la misma suerte, y en vuestras corónicas somos manchas coloradas de vuestra reputacion.» Y un afligido, que no se dió á conocer, dijo: «No estéis ufanos de la miseria de los que os creen y pueden con vosotros; que príncipes ha habido constantes, y privados firmes: esto es echaros el agraz en el ojo. Josef en las sagradas letras; Eleázaro, conde y príncipe, fué privado de Roberto, rey de Francia, y ni tropezó ni resbaló ni cayó, ni otros muchos cuya alabanza vivió igual hasta su fin, cuyo aplauso no descaeció, cuya dicha nunca la enfermaron los envidiosos, y vivos y muertos y escritos fuéron exaltacion de sus reyes, como nosotros acusacion y escándalo y queja.» (1)

(1) En esto se oyó una voz de un espíritu, que decia estas palabras de Habacuc, profeta, hablando con los poderosos:

Quare respicis super iniqua agentes, et taces devorante impio justiorem se?

Et facies homines quasi pisces maris, et quasi reptile non habens principem.

Et factum est judicium, et contradictio potentior.

Propter hoc lacerata est lex, et non pervenit usque ad finem judicium.

«¡Despedazóse la ley, no llegó el juicio al fin!» repetian todas aquellas almas; cuando el espíritu, para consolarlos desta nulidad que alegaban en el otro mundo contra los que los atropellaron, dijo con el mismo profeta, cap. II: «Como el vino engaña al que bebe, así sucederá al varon soberbio, y no será ensalzado el que extendió su alma como el infierno; y él mismo, como la muerte, no se harta, y congregó á sí todas las gentes, y aunóse con todos los pueblos.

»¿Por ventura todos estos no tomarán parábola contra él y hablillas de sus enigmas; y se dirá: Desdichado de aquel que multiplica lo que no es suyo? ¿Hasta cuándo agravará contra sí lodo pegajoso!

»¿Por ventura de repente no se levantarán los que te han de morder, y despertarán los que te han de hacer pedazos, y serás su despojo?

»Porque tú despojastes muchas ciudades, te despojarán todos los demas que quedaren de los pueblos, por la sangre del hombre, y la maldad de la ciudad de la tierra y de todos los que en ella habitan.

»Pensaste confusion á tu casa, acabaste muchos pueblos y pecó tu ánima.

»Por lo cual la piedra de la pared dará voces, y el madero que está entre las junturas de los edificios respondera,» ó el escarabajo de la madera lo parlará.—

»Yo, dijo el espíritu, no os pondero las amenazas del Profeta, solo os advierto que no hace Dios tanto caso de vosotros, que remita el castigo de los tiranos á grandes príncipes, ni á sucesos prodigiosos, ni á mayores fuerzas: el castigo está en las cosas de que no haceis caso. Mirad con qué gente hace Dios liga contra vuestras prevenciones, soberbias y vanidades: con la piedra de la pared, y el escarabajo de la madera, y el leño podrido que está entre las junturas de los edificios. Artillería de Dios es la carcoma, y el gusano, y la mosca, y la rana, y otra infinidad de sabandijas. La palabra de Dios, malditos, es aquí mancuerda de todos vuestros oidos.»

Hondos gemidos daban los monarcas, y alaridos bestiales y espantosos. Tornáronse á mezclar con amenazas y heridas; mas Lucifer mandó que los privados se fuesen al cuartel de la perlesía, y los príncipes, reyes y monarcas entre las mujeres hermosas, hasta en tanto que se averigüe quién escoge peor y es más mudable y más desagradecido. Todos apelaban; mas ejecutóse sin embargo. Los perlíticos decian: «Nosotros tenemos cura; lleven á los privados, por temblones, con la hoja en el árbol.» Las mujeres gritaban «que llevasen á los monarcas con la loba; que ellas en el escoger tenian disculpa, pues en vida huian de los señores hácia los mercaderes.» Y en ninguna parte los querian, y unos á otros se despedazaban.

«Maldito sea yo, decia un testador, que me veo desta suerte, etc.» (*Edicion de Valencia*, 1629.—La de Pamplona de 1631, reproduciendo sin duda la de Zaragoza, dos años más antigua, en vez de este último párrafo, que comienza: *Hondos gemidos*, tiene el que vamos á poner á continuacion.)

»¡Qué gloriosamente entre otros muchos reyes y monarcas, oyeran (á ser posible) estas voces nuestros Alfonsos, nuestros Fernandos y nuestros Filipos, con tantas vitorias de los enemigos del alma como del cuerpo, y en aquellas palabras del Profeta, que eran

(*a*) En esto estaban ocupados todos, cuando vimos un hombre que en las insignias parecia herrador; con un silencio podrido estaba embolsado en sí propio, muy cerrado de campiña: conocíase en la atencion y los gestos que hablaban allá dentro dél. «¿Quién eres, dijo el fiscal, con ese yunque y ese martillo y esos clavos?» El con voz de grito por azote, en tono de ox dijo: *Yo me entiendo*. Saltó la dueña hecha otra dueña, por no decir un rejalgar, y dijo: «Entendido para tí mismo: habla claro; que aunque no te entienda, te chismaré todo. Di tu nombre, y qué hierras aquí, donde no hay bestias; y dilo luego, que si no lo dices luego te pondré otra dueña buida á los pechos hasta que lo digas.» El pobre, que entendió que estaba ya en los profundos de la dueña, dijo: «En esto conoceréis que yo me entiendo solo, pues preguntándome quién soy y mi oficio y habiéndolo dicho claro, no me habeis entendido. Yo soy aquel desdichado *Yo me entiendo* que anda en el mundo paladeando confiados, disculpando necios y entreteniendo bellacos. Si me reprenden los vicios, digo que *Yo me entiendo*; si me aconsejan en los peligros, *Yo me entiendo*; si me tienen lástima en los castigos, siempre soy *Yo me entiendo*. Yo soy el coloquio entre cuero y carne y el porfiado entre sí; y como yo me entiendo y no quiero entender á otro, ni que me entienda nadie, todo lo yerro, y este es mi oficio. Y la dueña no sabe lo que se dueña, pues dice que no hay bestias donde hay *Yo me entiendo*, que es todos los arres y joes con capa negra.» No hubo acabado, cuando otro hombre muy enojado dijo: «¿Quién fué el maldito que juntó á este entendido á escuras conmigo, que soy *Nadie me entiende?*» Aquí se revistió de sí mismo el entremetido, y dijo: «Dígote culto, y si apelas dígote benemérito.» «Pues no soy, dijo el tal figura, sino casamentero. Soy sastre de hombres y mujeres, que zurzo y junto, y miento en todo y hurto la mitad. Yo soy embelecador de por vida, inducidor de divorcios; vivo de engordar dotes flacos, añado haciendas, remiendo abuelos, abulto apellidos, pongo virtudes postizas como cabelleras; confito condiciones y desmocho de años á los novios. Tengo una relacion Jordan que remoza las bodas. En mi boca los partos y los preñados son doncellas, y no hay hombre tan callado (2) en hijos, pues acomodo abuelas por nietas. Al fin, yo hago suegros y suegras, que no hay más que hacer. Y llámome *Nadie me entiende*, porque si me entendiera el marido cuando le doy yo más dote con lo que miento que la novia con el que lleva, cuando le doy virtud con lo que callo, calidad con lo que

á los tiranos martirio, reconocieran lo grande de sus prerogativas! Pues como para destruir á esotros se confedera Dios con los gusanos y la carcoma, para engrandecer á estos se auna con ellos, peleando en sus huestes, y venciendo sus batallas: pues en nuestra España es donde más ejercicio ha tenido en Dios el nombre de Dios de los ejércitos. El primer Filipe nos dejó imperio el que le dimos reino; y si le dimos corona de rey, en el invencible Cárlos nos la mejoró de emperador. Cárlos nos dió en el segundo Filipe un monarca tan digno de serlo, que obligó á Cárlos á renunciarle el señorío del mundo; y así reinó electo por su padre y no por la muerte. Filipe II, para reconocer á su padre la dádiva, y al reino el amor, nos dejó al santo, al grande, al siempre glorioso Filipe III, que como santo mereció de Dios por sucesor á Filipe IV, nuestro señor, desempeño soberano de finezas, que en tal sugeto apostaron las maravillas á sus ascendientes.»

«Maldito sea yo, decia un testador etc.

(*a*) Este párrafo sustituyó QUEVEDO, en la coleccion de los *Juguetes de la niñez* (Madrid, 1629), á los que acabamos de sacar al pié, de las ediciones de Valencia, Zaragoza y Pamplona.

(2) de hijos (*Edic. de Madrid*, 1648, y todas las posteriores.)

finjo, hermosura con lo que encarezco, ninguna boda se concertara. Y si la esposita me entendiera: *El es un pino de oro, más aplicado que otro tanto; jugar, ni por sueños; otros vicios, ni por lumbre; en la condicion es hecho de cera; muy rico; ya se ve*, con el etcétera de las espectativas (que es la hojarasca que gastamos los casamenteros, y todo pára en *pino de oro, ni por sueños, ni por lumbre y ya se ve*, hojaldre de vergantes),—ántes la triste diera con su doncellez en unas tocas que embodarse. ¡Pues verme prometer infinito y no traer nada, diciendo muy flechado de cejas: Señor, vuesamerced no repare en hacienda, pues Dios se la ha dado; calidad, harta sobra á vuesamerced. Pues hermosura, en las mujeres propias ántes es cuidado y peligro. Cierre vuesamerced los ojos y déjese gobernar; que yo le digo lo que le conviene!» «¿Hay ladron como este? dijo el soplon. Pues demonio, ¿qué me traes, si ni tiene calidad ni hacienda ni hermosura, y quieres que cierre los ojos?» Embistiera con él, sino que la dueña se puso en medio, diciendo: «No hay tal, hombre: por otra relacion como esta me tragó á mí por mujer quien se casó conmigo.»

«Maldito sea yo, decia un testador, que me veo desta suerte por mi culpa. Voto á tal, decia (y llamaba á todos), que si sé hacer testamento, que estoy vivo ahora, y que no me he condenado. La enfermedad más peligrosa, despues del dotor, es el testamento: más han muerto porque hicieron testamento, que porque enfermaron. ¡Ah vivos! gritaba, sabed hacer testamento, y viviréis como cuervos. Desdichado de mí, que enfermé de mi exceso y peligré de mi dotor y espiré de mi testamento! Dejáronme los médicos, mandándome prevenir; yo con mucha devocion y mesura ordené mi testamento con mi *In Dei nomine, Amen*, lo de su entero juicio, el cuerpo á la tierra y las demas cláusulas del boquear; y luego (nunca yo lo dijera) empecé los *Item más*: A mi hijo dejo por heredero. Item, á mi mujer dejo esto y esto. Item más, á Fulano, mi criado, tanto y cuanto. Item más, á Fulana, mi criada, esto y el otro. Item más, á Fulano, mi amigo, porque se acuerde de mí, un vestido. Item más (si muriere), dejo libre á Mostafá, mi esclavo. Mando al señor dotor Fulano una taza de plata que tengo dorada, por el cuidado con que me ha curado;—y al instante que firmé el testamento, la tierra, á quien mandé el cuerpo, tuvo gana de comer, mi hijo de heredar, mi mújer de monjil, mi criado de lágrimas y vestido, mi amigo de acordarse; y todos andaban dados al diablo. Si yo pedia la pócima, mi mujer respondia tocas; el criado, ropilla; el esclavo, horro Mahoma. Por darme confortativos me daban zupia. El dotor, desde allí adelante, cuando venia me pedia la taza por pedir el pulso, y de mala gana tomaba uno por otro. Si le preguntaba cómo ha de ser la cena, decia que pesada y honda. Si daba un grito, decia mi hijo: ya espiró; mi mujer, descuelguen; el criado, daca; el amigo, veamos; el esclavo, vaya. Y como nada de lo que mandaba se podia cumplir sin mi muerte, en mandar á todos algo, mandé que me matasen todos. Si yo volviera á la vida, este fuera mi testamento: Item, mando á mi hijo heredero, que mal provecho le haga cuanto comiere, y que mi maldicion le caiga, y que cuanto le (1) dejo es de mala gana y por no poder más. A él y á ello se

(1) dejo, de mala gana y por no poder más, á él y á ellos se los

los lleve el diablo; y á mi mujer, que mala pestilencia le dé Dios, y duelos y quebrantos. Y á Fulano, mi criado, si yo muriere, mando que le persigan y se gaste mi hacienda en destruirle; y si viviere, le daré dos vestidos. Y á Fulano, mi amigo, si falleciere, mando que no le dejen parar á sol ni á sombra, y que declaro que es un perro. Item más, si me muero, niego todas mis deudas:—y solo considerad, demonios, cuáles andarian los mohatreros por resucitarme á mí. Al esclavo, si muero, mando que cada dia le pringuen tres veces. Al dotor que me curó, que mi mujer se muestre parte y le pida mi muerte. Y á mi heredero, que haga tasar lo que justamente vale el haber acabado conmigo, porque me ha encarecido el ser calavera, como si yo se lo rogara, y me lo ha hecho desear, y pido á todos que lo apedreen.—Y voto á tal, que solo estoy sentido aquí del dotor, que no solamente me persiguió sano, me mató enfermo, sino que pasa la ojeriza de la sepultura; y en espirando uno, por disculparse dicen dél mil infamias:—Dios le perdone; que el mucho beber le acabó; ¿cómo le habiamos de curar si era desordenado? Él era insensato, estaba loco, no obedecia á la medicina, estaba podrido, era un hospital; él vivió de suerte, que le ha sido mejor; esto le convenia (¡miren qué convenia este á mi costa!): llegó su hora;—pues tomen el dicho á la hora de todos los difuntos, y ella dirá que ellos la llevan y la arrastran, y que ella no se llega. ¡Oh ladrones! ¿No basta matar á uno y hacerle que pague su muerte, costumbre de los verdugos, sino tener la disculpa de la ignorancia en la deshonra del pobre difunto? Aprended á saber hacer testamento, y llegaréis los mozos á viejos, y los viejos á decrépitos, y moriréis todos hartos de vida, y no os podarán en flor las hoces graduadas y el dotor Guadaña.»

Tales palabras dijo aquel difunto por madurar, que Pluton y sus ministros á gritos dijeron: «No dice mal este condenado; mas si le oyen y le creen, á los médicos y á los diablos (el ruin delante) los ha de destruir.» Mandáronle tapar la boca, y á pocos pasos que anduvieron fué tal el alarido y la grita, que con prevencion y susto se pusieron en defensa. Habia gran número de gente de todos estados. «Ellos son, decian; sáquenlos. ¿Habiamos de dar con ellos? ¡Oh infame mujer! ¡Oh maldito pícaro! Aquí te tengo;» y otras palabras tan alborozadas como estas. Unos se asian de otros, y apénas se vian sino dos bultos: uno con un manto, señas de mujer; y otro hecho pedazos y lleno de alcuzas y jarros y trastos. «¿Qué es esto?» dijo la guarda. Llegó la ronda, bien ordenado el tribunal; respondieron: «Señor, aquí hemos hallado escondida la disculpa de muchos chismes y la averiguacion de muchas insolencias.» «Aquí están,» decian con gran alegría, «aquí los tenemos.» Pedian albricias á Lucifer: «aquí están, señor, *la mujer tapada* que dice todas las cosas, y *el poeta de los pícaros*.» No se puede explicar la demostracion que Pluton hizo de haber hallado en su reino estas dos figuras tan perniciosas. Mandó sacar á *la mujer tapada*: estaba hecha un ovillo, liada con su manto; dió grandísimos gritos, diciendo que no la destapasen porque se perderia el mundo. «Déjenme, basta que estoy aquí solo porque me tapé; yo tengo infinitas caras, y muchos me acusan

lleve el diablo. Y á mi mujer (*Ediciones de Valencia, Pamplona, Barcelona, y Madrid de* 1648.)

que debajo deste manto tienen la suya; mi delito es mi manto. Yo, la pobre *mujer tapada*, dije al Rey pasando un chiste, y á la Reina otro: yo dije á los privados, yo á los ministros, yo á los señores, yo á los clérigos, yo á los frailes, yo á los obispos; y este negro manto ha sido de lenguas, y no de soplillo. No tengo yo la culpa, sino bellacos, que como me ven tapada, se me meten debajo del manto, y dicen lo que quieren, y luego no hay sino: una mujer tapada dicen que dijo. ¿Saben vuesas mercedes lo que dijo una mujer tapada? Cuentan que una mujer dió tal memorial; y yo, pobre de mí, soy una tonta que apénas sé pedir siendo mujer. Si fuera yo este bellaco pícaro que está á mi lado...» Y él respondió: «¿Qué culpa es la mia, mala hembra?» «¿Qué culpa? (dijo un demonio? Ser tú peor que todos nosótros: ¿tú no eres *el poeta de los pícaros*, que has llenado el mundo de disparates y locuras (*a*)? ¿Quién inventó el *tengue tengue* y *don golondron*, y *pisaré yo el polvillo* (*b*), *zarabanda y dura* (*c*), y *vámonos á chacona* (*d*), y *qué es*

(*a*) La plebe tiene su poesía y sus poetas. Gustar del placer que ofrecen los sonidos de las palabras artificiosamente concertados no es privilegio de las altas clases de la sociedad. Pero el vulgo y los próceres indistintamente más precian en no pocas ocasiones lo material del sonido, que lo útil y bello de la idea que se engalana con aquel hechizo para llevar al alma saludable medicina. De aquí los dicharachos y greguería que en todos tiempos han formado los estribillos de los cantos populares. Tales estribillos en verdad no tienen significacion ninguna, á no ser que al apacentarse el espíritu en los más peregrinos acentos de la música anhele oir la palabra humana á través de ellos, sin que la significacion de esta y el pensamiento que envolver debe le distraigan y prevalezcan sobre la armonía del instrumento y de la voz.

Ya en los ditirambos griegos, á vueltas de metáforas atrevidas y repentinas transiciones, se introducia este tropel de palabras nuevas, inusitadas, incomprensibles y compuestas de tal número de sílabas, que oprimian y fatigaban el oido; y entónces Aristófanes, como ahora QUEVEDO, ridiculizaba la extravagancia de los músicos y el desatino de los poetas.

En todos tiempos el pueblo ha tenido sus trovadores. La memoria de ellos ha pasado como la sombra de las nubes, pero como estas los campos, su ingenio ha fecundizado los verjeles de la poesía. El rudo pero expresivo canto de un juglar, las desaliñadas coplas de un ciego, los motes y letras con que un villano ha querido decir su secreto á voces, expresando entre los ecos de la guitarra sus celos, sus amores y sus quejas, han encerrado el gérmen de fecundos pensamientos poéticos y musicales, que han desarrollado despues, y de que han sacado útil pulidos y elegantes ingenios. De este modo los cantares del pueblo pasaron á la iglesia y al teatro, constituyendo la savia de los autos y villancicos, de los saraos, bailes y entremeses. El maestro José de Valdivielso, Simon Aguado, el inmortal autor del *Quijote*, el licenciado Luis de Benavente, Cáncer, Moreto y otros muchos trasplantaron estas rústicas flores al boato de la escena, al esplendor de los palacios y á la majestad de los templos.

Pocas veces han estado en nuestra península más unidas con las musas populares, las sagradas, las de los alcázares y coliseos, que durante la dinastía austriaca, especialmente en los tiempos del tercero y cuarto Felipe. Esta familiaridad causaba desabrimiento á escritores pulcros y atildados, y pretendieron que el estro fuese patrimonio exclusivo del artificio, del trabajo y del estudio, convirtiendo en misterios eleuxinos las inspiraciones poéticas, y ahuyentando de Helicona al vulgo profano. Es todo extremos el hombre, y desdeñando la poesía civil no podia satisfacerle otra que la culta, á que dió Góngora vuelo, y autorizó y entronizó el conde-duque de Olivares, monarca verdadero de las Españas. Cuando se escribió el *Discurso de todos los diablos* estaba empeñada la lucha entre los *cultos* y los *patos del aguachirle castellana*, como los apodaba el cisne cordobes; y QUEVEDO, gustoso de pelear siempre en el bando contrario, enzarzó á unos y otros en el presente opúsculo, bien que los dardos más agudos iban disparados contra Góngora y sus prosélitos los vates de roncon y terremoto.

No pudo ser exterminado en esta guerra literaria *el poeta de los pícaros*, el autor de tanto caprichoso estribillo. Sus inspiraciones habian logrado autoridad en el teatro, donde reunido mucho pueblo, tomábalas de memoria la multitud, que luego entretenia con ellas á toda hora las faenas domésticas. Fué antigua costumbre aderezar y dilatar las comedias con dos ó tres entremeses representados ó cantados, ó con bailes donde se danzaba, cantaba y representaba, al modo de los ditirambos griegos, y de los cuales y segun el memorioso Cervántes, fué un Alonso Martinez el primer inventor entre nosotros. Pues todos estos pequeños poemas terminaban generalmente con villancicos; pero no siempre era su estribillo un mote, un chiste, un pensamiento regalado; y sí, por el contrario, un dicharacho y ridícula algarabía: circunstancia que se advierte en la literatura de todos los pueblos y de todos los siglos. Si Luis de Benavente concluia en 1630 su precioso entremes cantado *La dueña* (traducido del opúsculo que llena estas páginas), con tan descomunales coplas:

—En la calle de Atocha, *liton*,
Litoque, *vitoque*, *que* vive mi dama:
Yo me llamo Bartolo, *liton*,
Litoque, *vitoque*, *y* ella Catalna.
—En la Puerta Cerrada, *liton*,
Que vive la risa;
Y las malas comedias, *liton*,
Litoque, *vitoque*, *que*, *y* en la de Silva;

si deste modo finalizaba el entremes cantado *Los planetas:*

Pues, porque no nos entiendan
Los hombres, en cifra hablemos.
Y dice la luna:
—Zúribi, trápigo, róstripi suna.
Y el sol la responde:
—Trópico, líbico, zas, pirilonde. etc.
—¿Qué junta y qué lengua es esta?
—Ni es romance, ni es latin.
—Las juntas de los doctores
Yo entiendo que son así.
—¿Para qué la hablan los dioses?
—Solo para hacer reir;

¿mejores estribillos escuchamos hoy por ventura en los cantos vulgares? Las canciones patrióticas de este siglo ¿los han desdeñado? Acicaladísimos poetas, melifluos y escrupulosos ¿no les han rendido parias?

(*b*) Cervántes introdujo esta tonada en el entremes de los *Alcaldes de Daganzo*.

Pisaré yo el polvico,
A tan menudico:
Pisaré yo el polvó,
A tan menudó.
Pisaré yo la tierra,
Por más que esté dura,
Puesto que me abra en ella
Amor sepultura,
Pues ya mi ventura
Amor la pisó,
A tan menudó.
Pisaré yo lozana
El más duro suelo,
Si en él acaso pisas
El mal que recelo.
Mi bien se ha pasado en vuelo,
Y el polvo dejó
A tan menudó.

(*c*) Lascivo, alegre, alborotado el baile de la *zarabanda*, no dejaba sosegar un punto los brazos y las castañuelas, girándolos en gratos y voluptuosos ademanes. El asunto de sus coplas era el amor, expresado en rústicos y sencillos conceptos, mezclados de sátira contra los circunstantes, picante y jocosa; y cantábanse, por ser líricas, en las bodas y en los regocijados banquetes.

A este baile atribuyen fabulosa antigüedad escritores nacionales y extranjeros. Quién dice que los de Cádiz lo inventaron y se usó en Roma en tiempo de los Césares; y quién le da por cuna la Persia, hallándole descrito en sus historias y señalado en los vestigios de su antigua lengua. Por esto derivan unos la palabra *zarabanda* de *zarba* (deduciéndola de la raíz oriental *táraba:* alegrar y alegrarse mucho), cuyo nombre tuvieron en aquel país ciertas mujeres que en los festines cantaban y tañian. Otros de *sérbend*, que en persiano vale cántiga. Otros de la radical hebrea *zara*, que significa cerner, esparcir, andar á la redonda, caractéres especiales de esta danza. Y otros, en fin, notan estrecha afinidad entre la voz castellana *zambra* y *zarabanda*, como que ambas se etimologizan de la hebrea *zámar*, que corresponde al *psallere* latino (1). Todo esto no deja duda acerca del origen oriental del baile, y debió pasar de aquellas regiones á nuestra Andalucía durante la dominacion agarena, como pasaron el gusto arquitectónico, los trajes persianos, las costumbres y la literatura (1).

(*d*) A principios del siglo XVII iba ya en decadencia la *zarabanda*

(1) Palmerio, en sus notas á Estrabon. Hadriano Relando, *Di-*

aquello que relumbra, madre mia, la gatatumba, y *naqueracuza*? ¿Qué es *naqueracuza*, infame? Qué quiere decir *gandi*; y *hurruá, que en la ventana está* (*a*); y *ay, ay, ay* (*b*) (y traer todo el pueblo en un grito); y *ejecutor de la vara*, y daca á *ejecutor de la vara;* y *señor boticario, deme una cala;* y *válate Barrabás el pollo;* y *guiriguirigay* (*c*), y otras cosas que sin entenderlas tú ni el que las canta, ni el que las oye, al són de las alcuzas y de los jarros y de los platos las cantan los muchachos y mozas de fregar con tonillos de aceite y vinagre, y dos de queso, y pella y pastel, que tú compones, y no hay recado que no chilles, ni calle que no aturdas, obligando á que se enfurezcan las repúblicas, y con pregones restañen tus letrillas y *hues* y *ayes* y *arrorros*, *cuzas* y *pipiritítandos?* Nadie está en los infiernos con tanta causa ni con tan sucia causa (*d*).»

porque la desprivó su prima la *Chacona*. Oigamos con qué viveza la describe Cervántes:

El baile de la Chacona
Encierra la vida bona.
Hállase allí el ejercicio
Que la salud acomoda,
Sacudiendo de los miembros
A la pereza poltrona.
Bulle la risa en el pecho
De quien baila y de quien toca,
Del que mira y del que escucha
Baile y música sonora.
Vierten azogue los piés,
Derrítese la persona,
Y con gusto de sus dueños
Las mulillas se descorchan.
El brio y la ligereza
En los viejos se remoza,
Y en los mancebos se ensalza,
Y sobre todo se entona.
El baile de la Chacona
Encierra la vida bona.
¡Qué de veces ha intentado
Aquesta noble señora,
Con la alegre *Zarabanda*,
El Pésame, y *Perra mora*,
Entrarse por los resquicios
De las casas religiosas,
A inquietar la honestidad
Que en las santas celdas mora!
¡Cuántas fué vituperada
De los mismos que la adoran,
Porque imagina el lascivo
Y al más necio se le antoja
Que *el baile de la Chacona*
Encierra la vida bona.
Esta indiana amulatada,
De quien la fama pregona
Que ha hecho más sacrilegios
E insultos que hizo Aroba;
Esta á quien es tributaria
La turba de las fregonas,
La caterva de los pajes
Y de lacayos las tropas,
Dice, jura, y no revienta,
Que á pesar de la persona
Del soberbio *zambapalo*,
Ella es la flor de la olla;
Y que solo la *Chacona*
Encierra la vida bona.

Simon Aguado, granadino, escribió con motivo de las soberbias bodas de Felipe III en Valencia, año de 1599, el lindo entremes (inédito) del *Platillo*, en el cual danzan la *Chacona*, y se advierte la procedencia americana de este baile. La letra comienza así:

Chiqui, chiqui, morena mia,
Si es de noche ó si es de dia
Vámonos, vida, á Tampico,
Antes que lo entienda el mico;
Que álguien mira la *Chacona*,
Que ha de quedar hecho mona.

Bernardo Lopez del Campo compuso la mojiganga (inédita) del *Zarambeque*, baile muy aplaudido en la mitad del siglo XVII. Con el *Zarambeque* alterna la *Chacona*, que cantan unos estudiantes de este modo:

¡Oh, bien haya nuestro padre
Retor, que en la vida holgona
No nos manda tener duelos,
Penas, cuidados, ni honra!
—¡*Vita bona, vita bona!*
¡*La Chacona, la Chacona!*
Cuando el dómine Miguel
Va á pedir con prosa escasa,
Suele limpiar una casa
Si se descuidan con él;
Mas si le cogen infiel,
Hace al punto la temblona.
—¡*Vita bona*, etc.

(*a*) A pesar del anatema de QUEVEDO, concluyó el ugier de saleta de la reina doña Mariana de Austria, don Vicente Suarez de Deza con el *hurruá*, la mojiganga del *Mundi nuevo* que se representó en el coliseo del Retiro cuando el nacimiento de Cárlos II, en 1661:

Música.	Urruá, urruá.
Indias.	A rufá y fá.
Valencianos.	Bache, bache de chire.
Negros.	Y gun, gun, guá.

Despues de treinta y dos años que estaba anatematizado *el poeta de los pícaros*, daba buenas muestras de enmendarse.

(*b*) Cantóse en el famoso baile de Benavente titulado *El miserable y el doctor*, y en el inédito, de autor desconocido, *La boda de pobres*. (*Bib. Nacional*, M. 194. pág. 63.)

(*c*) Sancha y los modernos han impreso *guirigui*, *guirigay*.

(*d*) Del modo con que la música de estos canticios populares y truhanescos habia llegado á figurar en las solemnidades de la Iglesia, nos ha conservado una muestra Valdivielso en la siguiente ingeniosa

Letra de Natividad, descubierto el Santísimo Sacramento.

Al parto de la zagala
Treinta zagales vinieron,
Y bailaron y tañeron;
Pero Anton llevó la gala.
Trajo un salterio Pascual,
Un caramillo Llorente,
Una bandurria Clemente,
Y una flauta Fuencarral.
Y en el portal
Bailó Anton
El dongolondron,
Y Blas gañan
La cebolla con el pan,
Y Cantueso
El rabanico con queso.
Gil en todo se señala;
Pero Anton llevó la gala.
Anton con gracioso aliño
Con el pellico abrigó
Al Niño, que pareció
Un clavel entre un armiño.
Rióse el Niño,
Cantó Antona
Mi vida bona,
Val-de-estacas
Danzó *guárdame mis vacas;*
Martin danzó
Matachin, que no te di yo,
Con gala, y fué Martingala;
Pero Anton, etc.
El escolar Cariharto
Por la parida apostaba
Que despues del parto estaba
Vírgen como ántes del parto.
Danzó Esparto,
Como mona,
Canaria bona;
Pabro Ensancha
Déjame, Periquito de Sancha;
Y Marina
A la gala de Medina,
Que hasta allá llegó su gala;
Pero Anton, etc.
Mingo, que mira en el heno
Aquel Grano soberano,
Dijo: Con solo este Grano
Ha de ser el año bueno.
Cantó Moreno,
Viendo el pan,
Al villano se lo dan;
Y Andrés de Cubas
Peranton, comé de mis ubas,

sertacion sobre los vestigios de la lengua pérsica.—M. Menage, *Etimológico frances.* — Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana.*— El benedictino fray Martin Sarmiento.

El pobre *poeta de los pícaros*, que no pudo negarse y se vió descubierto y conocido, pidió que le diesen licencia para hablar. Fuéle concedida y dijo: «¿Es mejor lo que hacen los poetas de los honrados? ¿Está mejor ocupado un ingenio en gastar doce pliegos de papel de entradas y salidas y marañas para casar un lacayo sin amonestaciones (*a*), que yo, que con un cantarcillo y un *cachumba, cachumba*, y un ¡*oh qué lindito!* al muchacho que trae un pastel á su amo, le embarazo la boca con el tonillo para que no dé un bocado al plato, y al jarro un sorbo? Más sisas excusé con el *zambapalo* y con la *marigarulleta*, que letras tienen mis cantares (*b*). ¿Con qué me pagarán que á la niña que trae el cuarto de mondongo la embarace la garganta con el *naqueracuza*, y no con una morcilla? ¿Fuera mejor matar de hambre á todos los graciosos, hacer gallinas á todos los lacayos, y en los entremeses deshonrando mujeres, afrentando maridos, y tachando costumbres, y entreteniendo con la malicia, acabando con palos ó con músicos, que es peor? ¿Es mejor hacer autos, y andar dando que decir á Satanás, y pidiendo el alma, y lloviendo ángeles á pura nube, y tener á vuesa merced quejoso siempre (dijo mirando á Pluton), y que no deba á un poeta una ánima, que siempre se la lleva el buen pastor? ¿Es mejor andar sacando los pecados propios y mis amancebamientos á la gineta, en los romances, de garganta en garganta, y que canten todos lo que yo habia de llorar; y que si Dóris escupe, ande su gargajo de boca en boca? Es mejor que *Gil* y *Pascual* anden siempre en los villancicos, el uno con *mil*, y el otro con *portal*, tirando las navidades, envueltos en consonantes sin pelo? Es mejor andar gastando auroras en mejillas y perlas en lágrimas, como si se hallasen detrás de la puerta; y estando España sin un real de plata, gastalla en fuentes (*c*) y en cuellos torneados, valiendo á setenta por ciento, y sin que se vea una onza gastada en lámparas por los poetas, teniendo repartidos millones en orejas y testuces? ¡Pues lo que hacen con el oro! A carretadas lo echan en cabellos, como si fuera paja, donde no aprovecha á nadie: y llámanme á mí poeta de pícaros, porque sin gasto ni daño alegro y entretengo barato y brioso con *vengo de* (1) *Panamá*, y *de qué tienes dulce el dedo*, y *don don camaleon* (*d*), y otras letrillas traviesas de són y comederas? No, sino escribiré *coruscos, lustros, jóven, construyendo, adunco, poro*, con *trisulca, alcuza, naqueracuza*; y *libando, aljófar*, con *si bien, erigiendo piras canoro concento de liras*.

Y Bras Taray
Dijo al Niño el *ay, ay, ay*,
Con que le alegra y regala;
Pero Anton llevó la gala.

(*a*) Dícelo por las comedias de Lope de Vega.

(*b*) La alegría de estos cantares y el atractivo de sus danzas ponderalos Cervántes en el entremes del *Rufian viudo*:

¡Oh qué desmayar de manos,
Oh qué huir y qué juntar,
Oh qué nuevos laberintos
Donde hay salir y hay entrar!
Muden el baile á su gusto,
Que yo le sabré tocar
El canario, ó *las gambetas*,
O *al villano se lo dan*;
Zarabanda, ó *zambopalo*,
El pésame de ello, y más
El rey don Alonso el Bueno,
Gloria de la antigüedad.

Escarraman. *El canario*, si le tocan,
A solas quiero bailar.
Música. Tocaréle yo de plata,
Tú de oro le bailarás. (*Baila Escarraman.*)
Escarraman. Vaya *el villano*, á lo burdo,
Con la cebolla y el pan.

(*c*) QUEVEDO no pierde ripio. Esta flecha de dos filos va disparada contra el gobierno del privado, que en fuentes, estanques y espectáculos disipaba las rentas públicas, agoviando al pueblo con sisas y derramas.

»Júzguenlo los diablos cuánto es mejor *zarabullí* que *adunco*, y *cuz cuz* que *poro*, y *meneo* que *pira*, y *zangoteo* que *lustro*, y *refocilo* que *trisulca*: lo uno es culto y lo otro pimienta. Cuál hará mejor caldo dígalo un cocinero. Ello bien puedo yo ser el poeta de los pícaros, mas ellos son los pícaros poetas; y por lo ménos á mí no me veda la Inquisicion ni tengo examinadores; y míreseme bien mi causa, que yo soy el mejor de todos; y Dios me haga bien con mis seguidillas y jacarandinas, que no me entiendo con octavas ni con esotras historias, ni se hallará que haya dicho mal de otro poeta.» El culto se iba á embestir con él, armado de *cede* en *jóven* como de punta en blanco. Mandóle Satanas detener, y reconociéndole, hallaron que llevaba escondidas y desembainadas dos *paludes* huidas y un *adolescente* de chispa. Mandó Pluton que pues cada uno de por sí bastaba á revolver el mundo, que entre sí tuviesen paz, y que se repartiesen el uno á ser confusion de lenguas y el otro sonsonete. El culto, con dos *piras* de ayuda entre *construyes* y *eriges*, se fué á matar candelas, digo las luces de todos los escritos de España, y á enseñar á discurrir á buenas noches; y desde entónces llaman al culto, como á vuestra diabledad, príncipe de las tinieblas (*e*). *El poeta de los pícaros* se fué concomiendo de chistes á festejar la boca de noche y el miedo de los niños, y á revestirse en el cuerpo de los poetas mecánicos, ingenios cantoneros y musas de alquiler como mulas.

Con gran risa quedó la visita; mas sucedióla no menor espanto en la tabaola (así la llaman los contracultos) que se oyó. Todo era voces y gritos: los que los daban parecian gente de cuenta y puesto, diferentes en los trajes y en las edades. Unos andaban encima de otros; víase una batalla desigual: los unos herian con puñales desnudos; los otros, viejos y caidos, se adargaban con libros y cuadernos. «Tenéos,» dijo un ministro. Suspendieron su ejecucion violenta, no sin enojo, y la obediencia no disimuló el motin, respondiendo: «Si

(1) *panamar* (*Edic. de Valencia, Pamplona, Barcelona, y Madrid*, 1648).

(*d*) Hácia los años de 1630 escribió Luis de Benavente el entremes famoso del *Borracho*, que terminaba con el canto vulgar

Don, don, don, don, camaleon:
Cómo lo bulle, lo bulle,
Lo bulle, lo bulle, mi corazon.

(*e*) En el entremes anónimo de los *Amantes á escuras* se introduce un crítico, ó séase culto, y dice de él uno de los interlocutores esta epigramática sentencia, cuya aplicacion no es sola del siglo de Góngora y Calderon:

Una de las locuras deste mundo
Es esta de querer hablar profundo.

supiérades quién somos y la causa y razon que tenemos, sin duda os añadiérades al castigo.» Y cuando ménos vi á Nino y á Yugurta y á Pirro y á Darío, todos reyes (1); y siendo infinitos, todos eran majestades y altezas. Iba Lucifer á satisfacerlos, cuando se levantó un hombre viejo, y con él otros muchos, que arrastrados de los príncipes, tenian el suelo lleno de canas y de sangre. «Yo soy, dijo, Solon; aquellos los Siete sabios; aquel que maja allí aquel tirano Nicocreonte, es Anaxarco (*a*); este, Sócrates; aquel pobre cojo y esclavo, Epicteto; Aristóteles, el que detrás de todos saca la cabeza con temor; Platon, aquel que no puede echar la habla del cuerpo; Sócrates, el que no ha vuelto en sí y tiene, como veis, dudosa vida. Los que veis arrinconados son otros muchos que (como nosotros) han escrito políticas y advertimientos, diciendo en libros cómo han de ser los príncipes y cómo han de gobernar, que amen la justicia, que premien la virtud, que honren los soldados, que se sirvan de los doctos, que se escondan á los aduladores, que busquen los ministros severos, que castiguen y premien con igualdad, que su oficio es ser vicarios de Dios en la tierra y representarle; y por esto, sin nombrar á ninguno ni meternos con ellos, nos tienen en el estado que veis, porque los servimos de guia y de camino. Aquellos gloriosos reyes y emperadores en quien estudiamos esta doctrina, diferente patria tienen que vosotros. Numa está entre los dioses, Tarquino tizon ahuma; Sardanápalo diferente memoria tiene que Augusto, y Neron que Trajano.» Y otro detras dél dijo: «Acerca más el discurso á los tiempos de ahora: don Fernando el Santo y don Fernando el Católico y Cárlos V tienen corónica; Rodrigo y don Pedro paulina con sobrescrito de historia. La mitra en fray Francisco Jimenez es diadema, y en Olpas coroza.»

«Mientes, infame filósofo, dijo Dionisio el Siciliano y Fálaris (*b*) á voces, y con ellos Juliano Apóstata y otros muchos: mientes por todos; que vosotros sois causa de nuestras infamias y acusaciones y deshonras y muertes violentes y ruinas; pues por mentir en vuestros escritos, y hablar de lo que no teneis noticia, y dar preceptos en lo que no sabeis, estamos los más, disfamados en muerte y perseguidos en vida.» «¿Cómo, señor, dijo Juliano Apóstata mirando á Pluton, que un hombre de estos, sopon y mendigo, que pasa su vida con las sobras de las tabernas y vive de la liberalidad de los bodegoneros, despreciado en el traje, solo en la dotrina, sin comunicacion ni ejercicio, haciendo de lo vagamundo mérito y de la desvergüenza constancia, sin saber qué es reino, ni rey, escriban cómo han de ser reyes y reinos, y pretendan que su dotrina los elija y su opinion los deponga, y que en su imaginacion esté lo durable de las coronas? ¿Puede todo el infierno dar mayor cuartana al poder, ni más asquerosa mortificacion á la grandeza del mundo, que rascándose uno destos bribones, con una cara emboscada en su barba, y unos ojos reculados hácia el cogote, con habla mal mantenida diga: Quien mira por sí es tirano, quien mira por los otros es rey? Pues, ladron, si el rey mira por los otros y no por sí, ¿quién ha de mirar por él? No, sino aborrecerémonos como á nuestros enemigos; tendrémos odio con (2) nosotros, y nuestra enemistad no pasará de nuestra persona, y la guerra nos tendrá por límite. Perros, decid la verdad y escribid de dia y de noche: no escribais lo que habia de ser, que esa es dotrina del deseo; no lo que debia ser, que esa es licion de la prudencia; sino lo que puede ser. ¿Y es posible, respondedme, podrá uno ser monarca y tenerlo todo sin quitárselo á muchos? ¿Podrá ser superior y soberano, y subordinarse á consejo? ¿Podrá ser todopoderoso, y no vengar su enojo, no llenar su codicia, no satisfacer su lujuria? ¿Podrá para hacer estas cosas servirse de buenos y dejar los malos? No; porque eso tiene lo malo peor, que necesita de ruines para su efeto y ejecucion. ¿Podrá premiar los méritos quien en ellos tiene su acusacion y su temor? ¿Podrá dejar de rogar á los mentirosos y entremetidos y facinorosos con las dignidades y consulados, si tiene su abrigo en sus demasías, su calidad en su imitacion, su disculpa en su exceso? No. Pues, picarones barbudos, ¿por qué no escribis la verdad? ¿Sería buena dotrina si uno dijese que el buen carnicero engorda las ovejas y que el desollador las pone pellejo, y que el buen barbero cuando sangra cierra las venas? Pues lo mismo es decir que los tiranos han de guardar palabra, ser justos y verdaderos y humildes. Y como decis esto que habia de ser, y nosotros somos lo que se usa, y no puede ser ménos en los tiranos, todos nos aborrecen por hombres que no cumplimos con nuestro oficio. Decid y escribid lo que han de ser todos los que quisieren para sí solos lo que es de todos, inobedientes á la ley de los dioses, y nadie se quejará de nosotros y reinarémos en paz; y si no, callad todos, y hable y escriba del gobierno solo Photino (*c*): oidle.» Y en esto un bellaconazo todo bermejo, con mucha cara y poca barba, cabeza con acometimientos de calvo, hácia vizco, con resabios de zurdo, propio para persuadir maldades, y mejor para conocer los tiranos, abriendo la

(1) yendo infinitos: (*Edic. de Valencia, Pamplona, Barcelona, y Madrid*, 1648.)

(*a*) He corregido el texto sin vacilar. Todos los impresos dicen *Anazágoras* en lugar de *Anaxarco*, abderita, discípulo de Diomédes de Esmirna. Floreció en la olimpiada 110 (336 años ántes de Jesucristo), y tuvo por enemigo al tirano de Chipre, Nicocreonte. Como asistiesen ambos á un convite magnífico de Alejandro, este le preguntó al filósofo qué sentia de aquella cena. «Espléndida, respondió; pero entre manjares tan exquisitos falta la cabeza de un sátrapa»; y fijó Anaxarco sus miradas en Nicocreonte. Ya no vaciló en perderle el tirano, y muerto Alejandro, lo sorprendió en una nave, condújolo á Chipre, lo echó en un mortero de piedra, y con mazas de hierro mandó que le acabasen la vida, no sin que ántes le cortasen la lengua. Entonces gritó el sabio: «Haz polvo el pellejo de Anaxarco, ya que no puedes hacer polvo á Anaxarco.» El mismo se cortó con los dientes la lengua y la escupió al rostro del tirano. (*Diogen. Laert.*)

(*b*) Tirano de Agrigento, célebre por el toro de Perilo. Floreció 556 años ántes de Jesucristo

(2) otros (*Edic. de Valencia, Pamplona y Madrid*), — los otros (*Barcelona*), — nosotros (*Bruselas*).

(*c*) Parece que lo mira QUEVEDO, y bien pudo, entre el estrépito de las cortes y en los países que recorrió durante los más floridos años de su vida, hallar alguna buena copia de aquel curioso original.

Son los versos parte del razonamiento que pone el cantor de la *Farsalia* (lib. VIII, v. 484) en boca de Fotino para decidir á Tolemeo á dar muerte á Pompeyo. Vencido este recto y moderado capitan, quien al padre de Tolemeo colmó de favores y restituyó al trono, pensaba encontrar hospitalidad en Egipto y refugióse en aquel país despues de su derrota. Hallábase la que fué corte de los Faraones gobernada por eunucos y por griegos mercenarios, que no ponian la mira en el honor del amo, sino en conservar su valimiento; y por antojo y órden de un consejo de esclavos fué condenado á muerte el hombre de más valor y entereza, tres veces cónsul y tres veces triunfador.